

Habitados por un misterio de luz

Hoy celebramos la transfiguración del Señor. En esta fiesta se contempla el rostro de Jesús, radiante con una luz de vida que está destinada a todo el universo, a la humanidad entera. ¡Nuestra común vocación es una vida transfigurada! Los acontecimientos de la vida de Jesús son para iluminar nuestra existencia: celebramos su transfiguración y la nuestra. En su vida encontramos el sentido de la nuestra.

Para descubrir el sentido de este misterio de la transfiguración es importante contextualizar el relato en el evangelio de Mateo. Después del famoso diálogo sobre la identidad de Jesús - *¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre? Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?* - y de la confesión de Pedro - *Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo* - Jesús comenzó a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día. El mesianismo de Jesús no tiene nada que ver con la llegada de un poder dominador, con una conquista o triunfo, sino, todo lo contrario, se concreta en el abajamiento, en el servicio, en la entrega de la vida, en una muerte solidaria, compartiendo el destino de los últimos de la historia. Jesús es el Mesías, el Ungido del Padre, la plena revelación de Dios, porque Él abraza toda la humanidad, empezando por los últimos. Pedro no lo entiende, se escandaliza y reprocha a Jesús, porque tenía otra expectativa sobre el mesianismo.

Jesús es un hombre libre. Su vida está entregada. *Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará.* Para Jesús la vida se gana perdiéndola. Cuando uno tiene conciencia de que la vida no le pertenece, que la vida es para perder y no para conquistar nada, que somos como el grano de trigo, que se da fruto es porque cae en tierra y muere, entonces ocurre el misterio de la transfiguración: el lucero, que es Cristo, amanece en nuestros corazones; Él es nuestra identidad más profunda, pues todos somos habitados por un misterio de luz y de amor.

Todo lo que vivimos contiene un misterio de luz, aunque sean las situaciones más dolorosas. Cuando no nos encontramos con esta luz es porque reaccionamos desde el miedo, es porque tememos perder la vida, es porque creemos que la vida es algo para preservar según una expectativa que nos hemos creado, según nuestros proyectos. Y cuando no se cumplen

nuestras expectativas, sobre nosotros mismos o sobre los demás, en nuestro trabajo, en la familia o en la comunidad o en nuestros compromisos como ciudadanos, nos sentimos amenazados, frustrados y llegamos a pensar que la vida no tiene sentido. Cuando no nos abrimos para ver más allá de nuestras expectativas, quedamos encerrados en la oscuridad.

La transfiguración nunca es una proyección de nuestros más bellos sueños para un futuro imaginario; es el hoy, aquí y ahora, del misterio de luz que está escondido en nuestro corazón y en el corazón de la realidad, incluso cuando se nos presenta desfigurada. Si abrazamos esa realidad, ella se transfigura. Lo que nos transfigura y transfigura la vida es la fuerza de un abrazo, es la acogida incondicional, sin pretender que se cumplan nuestras expectativas.

Empecemos por nosotros mismos: Señor, danos la gracia de decir ante nuestra propia vida: *¡qué bien se está aquí!* (Mt 17,4) Cuando somos capaces de ver la luz del Tabor en nuestro cuerpo frágil, entonces toda realidad la contemplaremos bajo el signo de la Pascua: toda desfiguración se nos ofrece como transfiguración.

«Nuestra única obligación moral consiste en desbrozar en nosotros grandes claros de paz y ampliarlos poco a poco, hasta que esa paz irradie hacia los demás.» (Etty Hillesum)

No habrá paz en nosotros ni en el mundo si no nos damos cuenta de que la vida es para perder. Las pequeñas y las grandes guerras siempre vienen del deseo de la conquista, del dominio y del poder, y por eso solo generan destrucción y sufrimiento. Una vida que se entrega, que se pierde, sin pretenderlo, se transforma en una vida fecunda, que genera fraternidad, paz y alegría; una vida así es libre y es un lucero en medio del mundo.

<http://www.monasteriodesobrado.org/>